



La odisea de los nadie para sobrevivir: memorias para la no repetición

Autor: Alinton Asprilla Herrera.
Estudiante Programa de Sociología. Zona Centro Oriente
Lider Proceso de PAZ

*A la memoria eterna de mi querido padre
Y mis dos adorados hermanos,
y a mi hijo Luis Tomás
que pronto estará con nosotros.*

Introducción

Para citar este artículo:
Asprilla, A. (2022). La odisea de los nadie para sobrevivir: memorias para la no repetición. *Revista Espacio Sociológico*. 2 (3). E-ISSN: 2805-7007

Estimados lectores, un cordial y efusivo saludo.

Pongo esta historia a disposición de ustedes sin el ánimo de posar de catedrático literario; solo considero que conocerla puede ayudarnos a seguir trabajando en función de la no repetición.

Aunque no podemos negar que nuestra amada Colombia está cambiando, los cambios no han sido fortuitos y han dejado millones de víctimas que se podrían haber evitado con voluntad política y amor patriótico.

Mi nombre es Alinton Asprilla Herrera. Nací en el departamento de Arauca, municipio de Arauquita, el 13 de diciembre de 1984 en la vereda Reinerá, muy cerca de la laguna del Lipa, hábitat del caimán negro. Vivíamos en condiciones socioeconómicas muy complejas, pero gracias a la fortaleza, perseverancia y dedicación de mis padres logramos criarnos los cinco hermanos. Debido al abandono estatal, las condiciones de riesgo social y la presencia paramilitar en la zona, solo pude estudiar hasta segundo de primaria; a los 15 años ingresé a las FARC-EP al igual que muchos jóvenes de la región.

En el año 2016, en el marco del proceso de paz, fui nombrado por la dirección del frente para participar en la delimitación de los Puntos Transitorios de Normalización (PTN) y la Zona Veredal Transitoria de Normalización (ZVTN) una vez firmado el acuerdo. Después de varios años me reencontré con lo que queda de mi familia, lo que dejó esta guerra absurda. Expectante frente a la nueva oportunidad, homologué el bachillerato junto a muchas y muchos compañeros concentrados en los PTN. Éramos 485 guerrilleros de los frentes 10, 28 y 45, estudiábamos bajo árboles y frondosas plantas de cacao, aún con armas. Meses después hicimos la dejación de armas, empezando el tránsito a la vida civil; un mundo desconocido que había dejado muy joven y que para esa época era tan diferente, pero al que había que adaptarse. Terminé la homologación en la ZVTN gracias a los docentes del colegio de Filipinas: las ganas de superación personal y el compromiso de los educadores lograron contrarrestar la falta de voluntad gubernamental y las condiciones inadecuadas: estudiábamos bajo las plantas de cacao, soportando el imponente sol araucano, la lluvia nos obligaba a retirarnos de las improvisadas aulas fabricadas con trozos de madera, las carpas, aseguradas o amarradas de las cuatro esquinas, hacían las veces de tableros. Uno de los propósitos de estudiar fue continuar con la visión y los objetivos de nuestra lucha por la vía política, como lo dejaron plasmado en los documentos los fundadores de la organización.

En el año 2017 participé en el primer congreso fundacional del partido y desde entonces soy militante en la legalidad; aporté a la Comisión de la Verdad (CEV), cuyo informe hace valiosos aportes para transitar hacia una paz estable y duradera. Como delegado del partido para trabajar con las comunidades beneficiarias del Programa Nacional Integral de Sustitución de Cultivos Ilícitos (PNIS) en Arauca, me desempeño en la actualidad como consejero político del Partido Comunes en el departamento y soy estudiante de octavo semestre de sociología en la UNAD. Esperamos felices con mi esposa el nacimiento de nuestro hijo Luis Tomás Asprilla Urrego, el hijo de la paz. Sin embargo, aún sobrellevamos una tristeza colectiva; mientras escribo estas líneas me entero del asesinato de otro firmante de paz en Tibú, Norte de Santander. Con este ya son 344 desde la firma del acuerdo. Qué duro es construir la nueva Colombia, cuesta muy caro, pero sin duda vale la pena. El pueblo unido vencerá a quienes se oponen a la paz.

Mi propósito es terminar sociología y estudiar algo relacionado con la conservación del medio ambiente, pues soy un convencido de la importancia de cuidar nuestra casa común. Disfruto escribiendo, plasmando para la posteridad lo que borra el tiempo y la memoria humana olvida, pero que perdura en las obras literarias.

Este texto es un recorrido por un pedacito de Colombia; reconstruye el pasado para vivir el presente y contribuir a un futuro en el que la memoria sea el referente para la no repetición. Tiene su origen en el Magdalena Medio y culmina en el departamento de Arauca, que en el año 2011 obtuvo el primer lugar en el Salón del Chocolate en París convirtiendo a Colombia en el productor del mejor cacao del mundo, gracias a los campesinos y campesinas de esta región que con esfuerzo y sacrificio demostraron que se pueden lograr grandes cosas.

Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Los inventores de fábulas que todo lo creemos nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra¹.

Esta historia narra la incertidumbre que vivió una de tantas familias colombianas –la mía– como resultado de la violencia y el conflicto.

Me complace dedicar estas palabras a quienes se identificarán con esta historia; un homenaje y reconocimiento a una humilde familia que vivió la crueldad de la guerra, en un país donde campesinos, mujeres, hombres, afros, indígenas y jóvenes se han visto obligados a salir de sus territorios: a ellos y ellas un abrazo solidario.

También quiero agradecer a mi familia, hermanas, sobrinas y a mi madre Gladis Herrera Agudelo, a mi esposa Claudia Milena Urrego Tuberquia, por su valioso apoyo. Agradezco también a los amigos y amigas que me apoyaron cuando les comenté la idea de escribir.

Dedico esto y todo lo que escriba en adelante a mi padre y mis hermanos, que aunque ya no están con nosotros son el motor y el norte,

1 fragmento del memorable discurso de aceptación al premio nobel de Literatura del maestro Gabriel García Márquez en 1982.

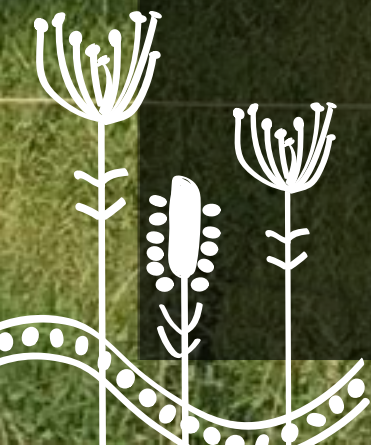


Un homenaje y reconocimiento

a una humilde familia que vivió

la crueldad de la guerra,

Un un país donde campesinos, mujeres, hombres, afros, indígenas y jóvenes se han visto obligados a salir de sus territorios: a ellos y ellas un abrazo solidario.



A ellos me debo y trabajaré sin claudicar en los propósitos colectivos de la paz con justicia social. Insistir, persistir y no desistir.

Agradezco también al camarada y amigo Martin Cruz Vega (Rubín Morro) por sus ejemplares obras “De las trochas a la paz”, “El último fusil”, “Mascotas en el conflicto” y una que aún no he tenido la oportunidad de leer, “Amores bajo fuego”. Sus obras me han motivado también a escribir las mías. Gracias camarada Morro, me quedo con la frase en el gran homenaje que le hace a las mascotas que hicieron que la vida fuera más llevadera en la selva: “escribir es una delicia”.

La Colombia profunda

La población civil de la periferia ha llevado la peor parte en el conflicto interno colombiano, pues es allí donde se ha desarrollado la confrontación armada y la disputa por la tierra. El tema agrario es uno de los orígenes del conflicto, quienes buscaban concentrar mayor extensión lo hicieron empleando la fuerza y las armas. En este contexto en el que muchas familias murieron, otras lograron huir, como Tomás y Gladis, quienes tuvieron que pasar una verdadera odisea para sobrevivir.

El Magdalena Medio ha sido una región representativa de las dinámicas propias de la cotidianidad periférica colombiana y de los contextos históricos del conflicto armado. Su análisis da cuenta de la forma en la que la alianza narcoparamilitar estableció las condiciones propicias para la emergencia de un Estado regional en el territorio, como lo planteó Antonio Gramsci: una “hegemonía acorazada de coacción”. En la década de los ochenta, el Magdalena Medio cayó bajo el mando del narcoparamilitar Henry de Jesús Pérez Morales, quien sembró el terror y la desesperanza entre la población.

Desarraigo de los indefensos

En 1981, dos jóvenes fueron obligados a emprender un extraordinario giro en su vida como pareja. La familia Asprilla Herrera vivía en las costas del imponente río Magdalena, en la vereda Las Vegas. Trabajaban como pescadores, cultivadores y empleados de los grandes hacendados de la región. Tomás Asprilla era de familia chocona y Gladis Herrera descendiente de antioqueños y costeños. Ambas familias representativas de quienes Eduardo Galeano denominó “los nadie” en uno de sus

poemas, término que Francia Márquez ha retomado con gran fuerza en 2022 para reivindicar a los excluidos de la sociedad.

Tomás y Gladis eran campesinos a quienes les explotaban su fuerza de trabajo en jornadas extenuantes con injusta remuneración y maltrato recurrente por parte de los hacendados. Al pasar del tiempo, la pareja comenzó a notar algo muy extraño: hombres armados vestidos de negro se veían merodear por las haciendas y los caminos. Algunos campesinos aparecían muertos en los caminos o en el río. El rumor corría por la vecindad: la mano negra estaba haciendo “limpieza” a quienes se oponían a vender sus tierras. Estos sicarios eran contratados por los hacendados para sembrar terror en la región.

La pareja ya tenía a su primer hijo, William Asprilla Herrera, quien les daba más ganas de luchar para salir adelante a pesar de la violencia que cada día era más fuerte. Tomás continuaba trabajando, pero empezó a sentirse presionado por los dueños de las fincas que hacían cada vez más grandes sus terrenos producto del despojo. El objetivo de la presión era involucrarlo en actividades ilegales, ponerlo al servicio del hacendado como parte del grupo paramilitar.

“Me están diciendo que trabaje con ellos”, le comentó una tarde a su compañera y demás familiares. Todos se preocuparon, pues sabían que muchos habían sido asesinados por no acceder a sus pretensiones.

Ante este escenario, muchos huían hacia Puerto Berrío o Barrancabermeja. Un día Tomás fue enviado por su padre a buscar a “La Costeña”, una yegua que se había cruzado para una de las fincas cercanas. En el trayecto fue abordado por hombres armados que cuidaban la propiedad, quienes lo amarraron y torturaron, creyéndolo parte de un grupo enemigo. Una hora después llegó el capataz de la finca, quien conocía a su familia y les pidió soltarlo.

La tensión y el temor estaban a flor de piel. Poco después, en una de las cantinas de la vereda, Tomás y un grupo de vecinos fueron sorprendidos por hombres armados que, sin mediar palabras, les dispararon con armas cortas; ellos corrieron hacia el río entre frondosos palos de mango. Gladis, que se encontraba lavando en la vecindad, vio a su marido correr por su vida, cuando lo vio arrojar al río sintió alivio



ESPACIO CREATIVO

Innovar para
resistir: y el cine
comunitario para crear
realidades

Yulith Almenarez Castro

pues sabía que su compañero tenía mucha destreza en el agua.

Los hombres pasaron ocho noches consecutivas durmiendo en el bosque, a merced de las plagas y la inclemencia del invierno. Al llegar del refugio encontraron a sus familias muy asustadas: acababan de matar a un pescador cerca de donde ellos vivían. El peligro era inminente, la familia consideró que esa misma noche la pareja debía huir con su bebé de pocos meses de nacido. Era el mes de mayo de 1981, en medio de un fuerte invierno que aumentó el caudal del río. En una canoa tripulada a remo o canaleta, a las doce de la noche, cuando ya cesaba el patrullaje de los grupos en motores fuera de borda, le dijeron adiós al lugar que por tanto tiempo fue su hogar.

Como el río era controlado por los sicarios, navegaban a oscuras y sin hacer ruido. De tres veces que alumbraron en el trascurso de este largo viaje, vieron dos cuerpos flotando en el agua. No podían hacer más para llegar rápido, solamente ir empujando y enderezando la canoa con el canaleta, mientras la corriente la arrastraba con fuerza. Eran pasadas las dos de la madrugada y el bebé soltó varios llantos. Los padres no veían la hora de llegar a algún lugar “seguro” donde poder darle de comer.

Después de la larga odisea llegaron a Barrancabermeja. Sin conocer a nadie, decidieron buscar un terminal para continuar el viaje. Tomás no tuvo la oportunidad de ir a la escuela en su natal Chocó. A Gladis, su

mamá Virginia Ruiz Agudelo le enseñó algo de primaria en su casa: podía leer anuncios o publicidad de lugares públicos.

Para la época, al casco urbano de Barrancabermeja llegaban muchas familias desplazadas que fundaron barrios de improvisadas viviendas. Antes del año 1981, Barrancabermeja no tenía los atributos de una tierra de conflicto, en este año y por mandato del expresidente Turbay Ayala, se declaró la región del Magdalena Medio zona de planeación e intervención estratégica y zona roja, ocasionando el éxodo de campesinos que, al igual que Tomás Asprilla y Gladis Herrera, dejaban todo atrás. En las pocas horas que la pareja estuvo allí, escucharon a otros desplazados hablar de las Autodefensas y MAS (Muerte a Secuestradores), de las personas asesinadas que arrojaban al río; el mismo por donde ellos huyeron, el mismo que les dio de comer por varios años, ahora amenazado por la aceleración del desarrollo, la

“

El peligro era inminente, la familia consideró que esa misma noche la pareja debía huir con su bebé de pocos meses de nacido.

industrialización y la globalización, en detrimento de los recursos de la agricultura, la ganadería, la acuicultura y el desarrollo socioeconómico sostenible.

En el afán de salir en busca de empleo, seguridad y un mejor vivir, ya en el terminal escucharon al ayudante de uno de los conductores que decía “Saravena, Saravena, Saravena”. Solo contaban con \$3.500 para pasajes y alimentación. Empezaron el viaje con nostalgia, alejándose cada vez más de su familia y sin saber con qué suerte iban a correr. Ninguno de los pasajeros sabía dónde quedaba Saravena, pero sabían que sería un largo viaje: el comienzo de una nueva vida.

Sin la esperanza perdida

Saravena, en el departamento de Arauca, se convirtió en municipio en 1976: el 65% de sus habitantes habían llegado huyendo de la violencia. Los recibieron las bellas tierras de la Orinoquía, unida con Venezuela por el río Arauca en 296 km de recorrido, compuesta por piedemonte y extensas llanuras majestuosas y productivas. Al momento de la llegada de Tomás y Gladis, el territorio estaba en la fase de exploración petrolera que, tres años después, dio paso a la explotación; en diciembre de 1985 se extrajo el primer barril en el pozo de Caño Limón, ubicado entre los municipios de Arauquita y Arauca capital, un factor clave para las finanzas públicas nacionales.

Al llegar a Saravena, la familia Asprilla Herrera conoció al señor Evaristo Úsuga, también desplazado de Antioquia, quien los orientó para conseguir empleo y les advirtió que la guerrilla solía interrogar a los desconocidos. Aunque estaban nerviosos, notaron que muchas más personas provenientes del Magdalena Medio llegaban al municipio, y si bien no conocían a nadie no se sentían tan solos.

Con la colaboración del antioqueño, salieron de inmediato en busca de trabajo. Tomás se empleó en una finca cercana al casco urbano, mientras que a Gladis le ofrecieron trabajar en un restaurante de platos típicos de la región; aunque implicaba separarse temporalmente, decidieron hacerlo pues necesitaban el dinero.

La finca a la que llegó a trabajar Asprilla era cacaotera y contaba con varios obreros, en su mayoría desplazados por el conflicto, quienes debían trabajar fuertemente y soportar el trato discriminatorio y racista del patrón.



Fotografía: Cesar Augusto Ramirez Vallejo en Pixabay

A todos ellos se les vulneraban sus derechos, pero les era desconocido reclamar o denunciarlo; la mayoría, si no todos, eran analfabetas como consecuencia de la falta de oportunidades educativas en sus territorios.

Cuando el dueño se encontraba en la finca acostumbraba a reunir a los trabajadores para orientar las actividades de la semana. Una mañana, mientras estaban reunidos, dijo: "ayer hizo cuatro días que murió el caballo castaño, uno de los mejores de esta finca. Tomás debe llevar mi ejemplar solo y enterrarlo en la loma del palo gacho". Mover el animal en tan avanzado estado de descomposición cerca de un kilómetro era muy difícil para una sola persona. Asprilla respondió: "señor, ¿no será posible que otro me ayude?" a lo que el señor replicó furioso: "¡inservible, hazlo solo como te ordené!". Tomás se negó, le pidió la liquidación y le expresó a sus compañeros que no aguantaba más. Cansado del matrato se fue de la finca sin liquidación ni quincena.

A partir de allí inició una nueva era en la vida de esta pareja. A pesar de llevar poco tiempo en el departamento, ya tenían algunos conocidos y les informaron de la posibilidad de tener su propia parcela y pagarla con trabajo; el dueño del predio les daba trabajo en su finca y de esta manera le irían pagando las hectáreas vendidas. Así salieron de Saravena para el municipio de Arauquita, a la vereda Los Colonos, a escasos kilómetros del complejo petrolero Caño Limón y muy cerca de la laguna del Lipa, el hábitat del caimán negro.

Al llegar lograron negociar tres hectáreas de terreno al señor Alonso Antioquia y empezaron a pensar en construir su propia vivienda, cosechar maíz, plátano y yuca, anhelando mayor estabilidad económica para ir

superando las dificultades del desplazamiento forzado.

Cortaron árboles de flor amarilla y los labraron para convertirlos en horcones que servirían de columnas, techaron con palma e hicieron sus paredes con tabla y guadua. En una casa dispusieron la cocina y en la otra las habitaciones. Una tarde del mes de abril llegó un loro real mientras construían; el ave silvestre se notaba nerviosa, le llamaron Roberto y nunca más se marchó. Dieciocho años estuvo con ellos, aprendió a saludar a los visitantes, llamaba a sus dueños Tomás y Gladis, pedía arroz y otros alimentos. Con su verde plumaje adornaba la vivienda, ¡qué ave tan inteligente! Se convirtió en un integrante más de la familia que ya sumaba tres hijos.

Los embargaba la nostalgia. No sabían nada de sus seres queridos que habían quedado en medio del conflicto ni se podían comunicar con ellos. Solo contaban con un radio transistor que sintonizaba las emisoras Radio Nacional de Colombia y Caracol Radio, y en la emisión del mediodía escuchaban las noticias del Magdalena Medio: aumentaban los desplazamientos forzados y los asesinatos por parte de grupos paramilitares comandados por Henry de Jesús Pérez Morales.

Tras dos años de lucha, brega y sufrimiento, la familia de desplazados tenía mayor estabilidad; ya habían logrado pagar las tres hectáreas de tierra – \$350.000 de la época– lo que les permitía cosechar para su propio sustento y sacar al mercado algunos productos. Tenían amigos y hasta compadres. Entendieron que era importante estar unidos como comunidad y tomaron la decisión de afiliarse a la junta de acción comunal; allí, la comunidad realizaba bazares en los que disfrutaban de expresiones culturales de la región con el fin de recolectar fondos para mejorar la escuela, la cancha deportiva y prestar apoyo a sus afiliados. La junta de acción comunal, esta bonita integración y construcción del tejido social por parte de las comunidades, fue una iniciativa de Orlando Fals Borda y Camilo Torres que se multiplicó rápidamente por todos los departamentos, una estrategia para suplir los vacíos del abandono estatal que han padecido los habitantes de la Colombia profunda.

Para el año 1982, cuando la familia Asprilla Herrera se radicó en el departamento de Arauca, Colombia estrenaba el gobierno de Belisario Betancur Cuartas tras la presidencia de Julio César Turbay Ayala, cuyo cuatrienio estuvo dominado por la influencia del Estatuto de Seguridad. El gobierno entrante creó una comisión de 34 integrantes para trabajar

por un acuerdo de paz con las guerrillas. Para esa época en Arauca ya existían dos grupos guerrilleros, las FARC-EP y el ELN. La propuesta gubernamental generaba una esperanza en la población, aunque el gobierno no tenía clara una política contra los grupos paramilitares que, en contubernio con los militares, le causaban daño a la nación.

El 28 de mayo de 1985, en los diálogos de Belisario Betancur con la guerrilla de las FARC-EP en La Uribe, Meta –conocidos como los acuerdos de La Uribe– se fundó la Unión Patriótica (UP), una esperanza de cambio en el país. Muchos campesinos del departamento de Arauca, entre ellos Tomás y Gladis, se sumaron a este nuevo movimiento que despertaba el anhelo popular de justicia social y marcaba una era distinta, la de ponerle fin a la violencia ejercida por los grupos ilegales y las fuerzas legales del Estado que ya estaban permeadas por la mafia narco-paramilitar.

La familia, como muchos colombianos, anhelaba poder volver a su tierra sin violencia. El color amarillo que representaba a este partido se tomó el país y Arauca no fue la excepción: dos mujeres, Elsa Rojas de Fernández y Amparo López, lograron llegar por voto popular a representar a este pueblo excluido, la primera como representante a la cámara y la segunda como alcaldesa del municipio de Arauquita.

En medio de la dinámica social y política, algunos dirigentes de la UP recorrían la región orientando a las comunidades organizadas en las juntas de acción comunal para que reclamaran sus derechos tanto individuales como colectivos. Así fue como Tomás conoció a Luis Emiro Mosquera, un líder negro que también llegó por necesidad al departamento de Arauca y tenía una gran capacidad de movilización de masas en función de reivindicaciones sociales.

Se hicieron muy buenos amigos. Cuando Mosquera lo visitaba conversaban hasta altas horas de la noche, se contaban historias de la tierra que los vio nacer y crecer, jugaban dominó, jumaban tabaco y brindaban con un rico café caturro cultivado por Tomás en su parcela. Eran los inicios de los años noventa. Para entonces la familia Asprilla ya sumaba otra integrante, esta vez una niña.

Un día Mosquera le propuso a Tomás ir a ver un terreno que estaba en venta en el mismo municipio, cerca de las bocas del río Ele. “Esta parcela es muy pequeña y la tierra no es tan productiva como las de por allá, para que siembres buen maíz y otros cultivos”, le dijo. Las familias campesinas, productoras por excelencia, cultivan la tierra para su propio consumo y

sacan al mercado lo demás para comprar lo que no producen. Tomás era un hombre trabajador, le gustaba cultivar la tierra, lo comentó con su compañera y estuvieron de acuerdo en ir a conocer el terreno pues estaban dispuestos a irse a construir otra vivienda donde pudieran estar mejor.

Para llegar al lugar había que tomar vía fluvial por el río Ele. Llegaron a la vereda Laureles II en el municipio de Arauquita. La comunidad le había puesto el nombre en homenaje a dos frondosos árboles de Laurel que adornaban el puerto de embarque y les daban la bienvenida a los visitantes. Los árboles eran visitados en horas de la noche por miles de aves de todas las especies; allí se encontraban para dormir y en horas de la mañana levantaban vuelo en medio de la brisa matutina, para salir a adornar las sabanas y alegrar la faena de los llaneros y los pescadores.

Les llamó mucho la atención ver y conocer venados, chigüiros, alcaravanes, hermosas corocoras coloridas que adornaban el paisaje junto al turpial llanero que entonaba sus bellas melodías en las ramas de un samán; todo un espectáculo que les brindaba la naturaleza. Por primera vez, Tomás Isidro Asprilla conoció muy de cerca al caimán del Lipa, una mañana mientras los rayos del sol se colaban por los matorrales. El Arauco (*Anhima cornuta*) también hacía parte de este espectáculo. Tomás se divirtió mucho narrando este colorido momento a su compañera e hijos, quienes años después tuvieron la oportunidad de ver y disfrutar la majestuosidad del llano y la generosidad de su gente.

Al “viejo Toma” como Mosquera le decía, le gustó el lugar. Eran 150 hectáreas, en su mayoría selva con madera comercial, tenía un atractivo para Asprilla, propio de su natal Chocó: la pesca. El terreno colindaba con el río y esto para él ya era una ganancia. Decía en medio de carcajadas: “mis muchachos se van a criar fortachos”, refiriéndose al prospecto de alimentarlos con bagre, bocachico o coporo, toruno, dorada, y animales de monte. Después de una larga conversación con el dueño del predio, el señor Ángelmiro González Guzmán, lograron concretar el negocio: 600.000 pesos les costó lo que sería de ahí en adelante el nuevo hogar de la familia. Vendieron las tres hectáreas en Los Colonos y se mudaron para Laureles.

Rápidamente construyeron y empezaron una nueva vida. Querían para sus hijos lo que ellos no tuvieron cuando jóvenes por las precarias condiciones socioeconómicas y el abandono estatal. Las regiones de donde

ellos provenían se parecían mucho a estas, sin vías de acceso ni planteles educativos; las personas vivían de lo que les brindaba la naturaleza, de la solidaridad entre vecinos y el intercambio. Afortunadamente la junta de acción comunal también jugaba un gran papel y de manera organizada, en las jornadas comunitarias, construyeron la escuela de la vereda, limpiaban los caminos y construían puentes.

Sombras del pasado

Luis Emiro continuaba visitando a su amigo. Se iban de pesca y de marisca, ahora con los dos hijos mayores de la familia Asprilla Herrera, quienes aprendían a manejar canoa a canaleta y atarraya para contribuir en la búsqueda de los alimentos del hogar.

El par de amigos también compartían cuestiones políticas y conversaban sobre la situación de su entorno y del país. Mosquera jugaba un gran papel como dirigente de la UP. Su propósito era contribuir a que las comunidades se organizaran y fueran escuchadas por los mandatarios locales y nacionales y, junto a otros dirigentes del departamento, lideró las más grandes marchas o movilizaciones de los años noventa en Arauca. “Y no soy guerrillero como nos vienen tildando el ejército y la policía”, decía. Este señalamiento lo terminó obligando a abandonar el departamento, pues lo que vino fue el genocidio de la UP: más de 5000 militantes fueron asesinados por agentes del Estado, entre ellos candidatos presidenciales.

Así se empezó la estigmatización a campesinos como colaboradores de la insurgencia por parte de funcionarios del ejército, la policía y el DAS, cuando lo que realmente hacían era el trabajo que al Estado y sus representantes no parecía importarles. Por su capacidad organizativa y de trabajo en equipo, la comunidad logró mejorar los caminos para integrarse con la vereda Filipinas y Puerto Jordán (hoy conocido como Pueblo Nuevo), al igual que al caserío las Bocas del Ele, a donde antes solo se podía acceder por el río.

La apertura de estas trochas y la perseverancia de las comunidades que trabajaban en función del beneficio colectivo fueron generando paulatinamente una nueva dinámica territorial y fortalecieron el tejido social. Muchos arrieros sacaban madera y maíz hasta los puertos donde llegaban las chalanas; otras embarcaciones más grandes que transportaban ganado y cerdos solo llegaban hasta los límites entre el

municipio de Arauca y Cravo Norte, recorriendo los Ríos Ele, Lipa, Cravo y Casanare hasta desembocar al río Meta, rumbo a Puerto Carreño, capital del Vichada, donde vendían su producción al por mayor.

Los registros históricos de nuestro país reseñan cómo muchas comunidades campesinas tuvieron que construir sus propias vías terciarias. En 1996, las comunidades lograron gestionar una maquinaria amarilla para mejorar las vías de acceso y construyeron un terraplén desde Filipinas hasta la vereda Bocas del Ele, pasando por Laureles II. Aunque en temporada de invierno era intransitable, el terraplén fue decisivo para el desarrollo, ya que permitió el tránsito de motos y carros para sacar las cosechas, traer víveres o movilizarse en caso de urgencia médica a los municipios de Tame o Saravena. En los viajes que la comunidad realizaba los fines de semana hacia el corregimiento Cañas Bravas era común encontrarse con destacados líderes sociales que los orientaban en función del trabajo comunal y las elecciones nacionales y regionales. Entre estos dirigentes, apreciados por la comunidad por su dedicación y transparencia, se encontraban Álvaro Hernández, el joven Carlos Castillo y Anderson Rodríguez (a quien apodaban Rampuche), quienes para la época ya jugaban una excelente labor social y comunitaria.

A la vereda Laureles II llegaron nuevas familias, algunos cultivaban plátano y maíz, otros se desempeñaban en la cría de ganado doble propósito. Las escuelas construidas por los campesinos ya estaban en funcionamiento y el profesor Leiman Espinel enseñaba a más de 30 niños y jóvenes, entre ellos tres de los cinco hijos de la familia Asprilla Herrera, que ya iba a cumplir dos décadas en el departamento de Arauca sin saber nada del resto de su familia que quedó atrás.

Para esa época, el narcotráfico en Colombia estaba remplazando el pancoger en muchas regiones del país; Arauca no fue la excepción y llegó a contar con varias hectáreas de coca. Muchas personas de la región acudían a los cultivos en busca de trabajo para convertirse en “raspachines”, mano de obra que no discriminaba por edad ni sexo para laborar. Algunos alumnos de la escuela de la vereda Laureles II dejaron sus estudios para emplearse en los cultivos, cuyas hectáreas superaban las de los cultivos agrícolas y la cría de ganado e iban generando un aumento de la violencia, la deforestación, la contaminación de las fuentes hídricas y el consumo de licor.

Para muchos campesinos era más fácil sacar cuatro kilos de pasta

base de coca al mercado ilegal que trasladar una carga de plátano o maíz. Además, la coca era el único cultivo que pasaba su proceso de industria en el mismo lugar de recolección, una razón más para que los campesinos optaran por la plantación de muchas hectáreas. Para finales de 1999 ya Arauca contaba con más de 10000 hectáreas de coca. Para el año 2001 fue asesinado el doctor Octavio Sarmiento Bohórquez, ganadero y político muy querido por el pueblo, en especial por los campesinos y campesinas que lo consideraban honesto e incansable luchador de las causas comunes. Con este hecho los paramilitares anunciaban su presencia en la región: habían llegado del Casanare, traídos por políticos y ganaderos.

La coca era algo nuevo para la familia Asprilla Herrera, pues no la conocían, pero llegaron a ser recolectores de hoja y alguna vez intentaron sembrar unas plantas para solventar su precaria situación económica. Lo que sí conocían Tomás y Gladis eran las atrocidades de los grupos paramilitares; volver a escuchar de las masacres tan cerca de donde vivían les generaba mucho terror. La diferencia que encontraron en comparación con los años ochenta era que la comunidad estaba organizada, se creaban comités de derechos humanos desde las juntas de acción comunal, aunque en el fondo sabían que para este grupo no había ley. Y efectivamente así era, sus cuarteles siempre se ubicaban muy cerca de la fuerza pública, como es el caso de San Salvador, allí tenían control de una vía nacional (la ruta de Los Libertadores) a escasos kilómetros del casco urbano del municipio de Tame, donde se encuentra el Batallón de ingenieros N. 18 Rafael Navas Pardo y una estación de policía, dos fuerzas que nada hacían para evitar que este grupo masacrara a personas inocentes.

Muchas familias intentaban salir del departamento, algunas lo lograban pero desafortunadamente varias no corrieron con la misma suerte. El control a los buses y carros particulares era total. Allí en San Salvador o antes de llegar al casco urbano de Yopal hacían descender a las personas de los vehículos y rara vez continuaban con la misma cantidad de pasajeros. Los asesinaban acusándolos de colaboradores de la guerrilla, por el solo motivo de ir o tener la cédula del departamento de Arauca.

Quienes ingresaban al departamento eran interrogados por las guerrillas y, en muchos de los casos, obligados a regresar. La población ya había perdido la esperanza; la fuerza pública, que debería jugar

un papel en defensa de los derechos de la población civil, hacía todo lo contrario, contribuyendo de manera clara y descarada a sembrar la desesperanza, el miedo y la estigmatización. En algunos informes del Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) hay declaraciones de exparamilitares del bloque Vencedores de Arauca en las que se corrobora el apoyo que tenían de las tropas de la Brigada 18.

En esa época, en paralelo, se estaban realizando los diálogos del Caguán con las FARC, que para la comunidad rural y urbana de la región se convertía en la esperanza del inicio de una era de paz. Pero ante la presencia y el accionar paramilitar, las esperanzas fueron efímeras.

Así como la familia Asprilla Herrera en los años ochenta, muchas familias llegaron al departamento de Arauca víctimas del desplazamiento forzado. Personas que ya habían sufrido el desarraigo fueron revictimizadas por el accionar criminal de un grupo que se expandía en el territorio nacional con la complicidad y apoyo gubernamental, castrense y judicial, como lo sustentan documentos y audiencias publicadas por la Jurisdicción Especial para la Paz JEP.

Muchas familias campesinas se desintegraron debido a la grave situación por la que estaban pasando; los paramilitares tildaban a los jóvenes y a sus padres de ser milicianos o auxiliares de la insurgencia, lo que paradójicamente provocó que muchos jóvenes dejaran sus estudios o trabajos y se unieran a la guerrilla por temor de ser asesinados. Los campesinos vivían en la zozobra diaria de esperar una mala noticia, la pérdida de algún ser querido. En el 2005, el Bloque Vencedores de Arauca



Fotografía: Alinton Asprilla Herrera

que sembró el terror por varios años, inició el proceso de “desmovilización”: con el replige de este grupo paramilitar, otra luz de esperanza se abría en el horizonte. La familia Asprilla Herrera estuvo pensando seriamente en regresar, al menos de visita, a su tierra natal; anhelaban compartir con la familia de la que nada sabían hacía tantos años, pero resultó ser otro sueño frustrado.

Entre 2002 y 2010, lo que el gobierno de Álvaro Uribe Vélez quiso mostrar como un logro para el país, fue todo un fracaso. Algunos comparecientes ante la JEP han atestiguado la presión de sus superiores para dar los supuestos “resultados operacionales contra la guerrilla”, lo que se tradujo en el aumento de los asesinatos extrajudiciales o mal llamados “falsos positivos”. La actividad criminal que desarrollaban los paras esta vez corrió por cuenta de algunos miembros del ejército, la policía, el DAS y el Gaula militar y fue dejando a lo largo y ancho del país miles de víctimas; mujeres y hombres campesinos, líderes comunales, defensores de derechos humanos, estudiantes, profesores, afros e indígenas, políticos y ambientalistas asesinados por la fuerza pública, en cumplimiento de la estrategia gubernamental y de los altos mandos militares. Uribe Vélez declaró zona roja el departamento y se incrementó la violencia. Fue en

este contexto en el que la familia Asprilla Herrera empezó a vivir la persecución que años después se convirtió en tragedia.

Para el año 2005, las dos guerrillas que operaban en el departamento, las FARC-EP y el ELN, iniciaron una guerra sin cuartel

donde la población civil llevo la peor parte. Hubo muchas víctimas mortales, desplazamiento forzado, amenazados, restricciones a la movilidad y bajas de las dos partes. Algunos eran amigos de infancia, compañeros de escuela o trabajo, que se encontraron de repente en bandos contrarios; hijos e hijas de campesinos que debían agredirse o matarse, argumentando de manera absurda la victoria de alguna de las organizaciones a como diera lugar. Esta confrontación generó atraso en la región y destruyó el tejido social. El pueblo araucano ha sufrido los incorrectos actos de todos los actores armados legales e ilegales, lo que, junto al abandono del Estado, ha generado mucho daño.

“ Murió con la ilusión de volver a ver a la familia que dejó atrás en 1981. Murió creyendo y esperando que algún día Colombia viviera en paz, celebrando todo gesto que la buscara con optimismo.

Obligados a morir

Para el año 2006, Tomás se acababa de recuperar de una operación de la vesícula a raíz de una enfermedad que lo aquejó por muchos años. El 4 de noviembre del mismo año la familia recibió la temida noticia: Tomás Asprilla, el mismo que huyó con su esposa y su hijo de brazos 27 años atrás desde las costas del Río Magdalena, había sido asesinado.

La brigada móvil número cinco del ejército los asesinó a él y a otro campesino mientras cultivaban la tierra. Los cuerpos fueron trasladados en helicóptero al municipio de Tame mientras eran reportados como guerrilleros dados de baja en combate. Lo mataron por la espalda, propinándole cinco tiros con las armas de quienes dicen defender al pueblo. Los vecinos y amigos, que conocían su labor campesina y su trabajo comunal, no podían creer la terrible noticia.

Murió con la ilusión de volver a ver a la familia que dejó atrás en 1981. Murió creyendo y esperando que algún día Colombia viviera en paz, celebrando todo gesto que la buscara con optimismo.

La familia y la comunidad organizaron el velorio y el sepelio; fue trasladado a la casa que él mismo construyó para que los amigos y conocidos lo vieran por última vez. Allí estuvo toda la noche rodeado de mucha gente, pues era un hombre muy querido en la región. Algunas personas viajaron desde veredas lejanas por trochas, caminos y carreteras como una muestra de aprecio y respaldo a la familia. Al día siguiente fue trasladado al cementerio, en un trayecto de tres horas en carro por carretera en mal estado. Sus restos reposan en el cementerio de Pueblo Nuevo, en Arauquita ¡Hasta siempre querido viejo!

Dos años después de esta irreparable pérdida, el ejército capturó herido y luego remató a William Asprilla Herrera, su hijo mayor, el mismo que huía de la violencia de los grupos paramilitares en una embarcación en brazos de su madre. William fue uno de esos jóvenes que años atrás ingresaron a las FARC por diversos motivos; el Estado no les garantizó educación de calidad, vivienda digna u oportunidades. Al contrario, los persiguieron y estigmatizaron hasta empujarlos a la guerra. Sus restos reposan al lado de su querido padre.

Antes de ser empujado a la guerra, William trabajaba para ayudar al sostenimiento de la familia. Los fines de semana se reunía con un grupo de amigos para ir a hacer deporte a la cancha del plantel educativo Santa

Lucía. Un entrenador de fútbol fue quien le puso el apodo "Pupilo", ya era muy bueno para este deporte, fue goleador muchas veces en los campeonatos y ganó varios trofeos que, junto a fotografías, aún conserva su madre.

Tras la muerte de su padre y hermano, Élder Arley Asprilla Herrera, el menor de los tres hombres y el cuarto de los cinco hermanos, se dedicó a la recolección de hoja de coca y al cultivo de pancoger en la parcela para ayudar a su mamá en los gastos del hogar. El 22 de julio del 2008, siendo aún menor de edad, se encontraba pescando con otro joven vecino muy cerca de su casa cuando fue capturado por el Batallón de contraguerrilla N. 30 CT. Nelson Darío Bedoya Zuluaga, orgánico de la brigada 18; lo tiraron al suelo y ataron sus manos mientras le decían palabras soeces y lo tildaban de miliciano de las FARC. El batallón estaba bajo el mando del subteniente Juan Zamara Martínez, quien le ordenó al cabo segundo José Omar Riascos Riascos capturar al joven sin una orden judicial o cuerpo de delito: lo único que llevaba eran unos anzuelos y el bague que acababa de pescar.

Al momento de ser capturado, Arley pudo ver a soldados integrantes de la brigada móvil 5 que dos años atrás asesinó a su padre y poco después a su hermano. Horas después apareció un helicóptero MI-17 que lo trasladó a la brigada 18 en la capital del departamento. Su retención hacía parte de las capturas masivas que se venían presentando en la región: el mismo día privaron de la libertad a trece personas más, cinco mujeres y ocho hombres, entre ellos presidentes de J.A.C., jóvenes y pequeños ganaderos.

Un mes después, el joven quedó en libertad gracias al abogado José Campos, quien en solidaridad con la familia prestó sus buenos oficios y pudo demostrar que el capturado era inocente. No había ni una sola prueba en su contra, su único delito era ser campesino y vivir en una región donde existían grupos armados. Con los demás fue similar, fueron quedando en libertad de manera paulatina.

Esta política de persecución contra la población civil tenía el objetivo de demostrarle al país y al mundo que se estaba ganando la guerra contra la insurgencia, aunque la realidad nos muestra otra cosa. La Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) dio a conocer la escalofriante cifra de 6402 personas vilmente asesinadas a manos del ejército. El caso de Tomás Asprilla, asesinado a la edad de 46 años, está actualmente en tribunal especial para la paz; un agente del estado integrante de la brigada móvil

5 está compareciendo.

En el momento de su detención arbitraria, el joven Arley contaba con tan solo 16 años. Una vez quedó en libertad, regresó a su casa para continuar colaborándole a su madre, pero la persecución por parte del ejército continuaba. Los militares que a diario patrullaban la vereda le decían “nosotros lo vamos a encontrar solo y nos las va a pagar”. Por eso no volvió a transitar solo por caminos ni carreteras, ni para ir a conseguir el mercado al caserío de Filipinas, ni a participar en los encuentros interveredales de fútbol que tanto le gustaban. Siempre buscaba estar acompañado por el temor de que lo asesinaran y luego lo presentaran como guerrillero como a su padre. Después de soportar mucho temor y persecución el joven tomó la decisión de irse para las FARC, dejando atrás a sus seres queridos y su sueño de ser futbolista para ayudar a su mamá. No lo logró. Arley murió en un bombardeo de la fuerza aérea, la madrugada del 21 de marzo de 2012 en la vereda Aguas Claras de Arauquita, donde murieron 33 guerrilleros más.

Su mamá escuchó las detonaciones. El instinto de madre le decía que algo malo había pasado y así fue. La noticia generó más tristeza y desolación en la familia. Arley fue sepultado en el cementerio del caserío de la vereda de Filipinas, en el municipio de Arauquita.

Con la partida física de estos tres seres queridos la familia ha sufrido mucho, aún siguen sin entender cómo hombres que dicen “defender la patria”, hijos también de la clase pobre de este país, matan a personas



Fotografía: Foto de Enrique Hoyos: <https://www.pexels.com/es-es/foto/casas-colorido-colombia-bogota-8264573/>

inocentes; militares adoctrinados por una oligarquía sociópata que empleó la teoría del enemigo interno, persiguiendo y matando a sus compatriotas.

La estigmatización y persecución por el solo hecho de vivir en regiones con presencia insurgente, o por pensar distinto, han ocasionado muchas víctimas. Las víctimas claman por saber la verdad sobre la pérdida de sus seres queridos en el conflicto interno, exigen que los responsables les den

la cara a sus dolientes y al país, que respondan por sus actos, tal como lo están haciendo los firmantes del acuerdo de paz, excombatientes de las FARC, al igual que

“

La estigmatización y persecución por el solo hecho de vivir en regiones con presencia insurgente, o por pensar distinto, han ocasionado muchas víctimas.

algunos militares, pues la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición hacen parte de la transformación de Colombia.

Además, muchas víctimas claman por ser reconocidas. Gladis Herrera Agudelo aún busca ser reconocida por parte de la Unidad de Víctimas y en paralelo lucha para encontrar a sus seres queridos, pues desde que sufrió el desplazamiento forzado en 1981, no ha vuelto a saber de ellos, aunque guarda la esperanza de que estén con vida en algún lugar del país. El desconocimiento de las víctimas es catalogado por ellas como negligencia e inoperancia de la unidad, que amparada en la ley 1448 revictimiza por su usual dilación y argumentos como la “extemporalidad” en la presentación de los casos, sin tener en cuenta muchos factores que influyen al momento de poner el denuncia. Mientras el país transita hacia una era de paz y reconciliación, es urgente darles el reconocimiento a todas las víctimas del conflicto que han sufrido la pérdida de sus seres queridos a lo largo y ancho del país.

Desarmar el corazón

Consciente de que el perdón no es olvido ni evitar reclamar justicia sino despojarse del odio, el rencor y la sed de venganza, la familia Asprilla Herrera solo pide que la JEP permita que la verdad se imponga y se haga efectiva la justicia transicional para conocer los delitos cometidos en el marco del conflicto. El acuerdo es hoy por hoy la esperanza de muchas víctimas directas e indirectas que se encuentran en la Colombia profunda,

a kilómetros del centro del poder.

Ese mismo acuerdo fue el que permitió que la familia Asprilla Herrera se reencontrara, y que el único hijo varón sobreviviente de la guerra esté a la espera de su hijo Luis Tomás Asprilla Urrego, el hijo de la paz. Mientras espera ansiosa su llegada, su abuela Gladis le fabrica prendas en crochet. Cuando sea grande leerá esta historia y comprenderá por qué no pudo conocer a su abuelo ni a sus dos tíos. Entenderá que una guerra absurda apagó sus sueños. Y que hoy miles de colombianos cansados de esta barbarie luchan por dejarle un mejor país a las presentes y futuras generaciones, donde las diferencias por política, raza, sexo, credo o religión no sean motivo de agresión física y de exterminio del otro. Luis Tomás nacerá en la era del cambio, la que su abuelo y tíos no alcanzaron a ver, ¡los nadie han alzado su voz!

Para no olvidar

**Cuando muere un girasol, obligado a marchitarse
Su aroma se va con él, su fragancia ya no existe,
¡Solo quedan sus semillas que se multiplicarán!
De una en una se esparcen, hasta lograr germinar,
La esperanza de un ser querido nunca se apagará,
¡Siempre será un norte por el que debemos luchar!**

Arauca clama por la paz total con justicia social, el respeto a su pueblo y la naturaleza; así como muchos y muchas han muerto, la laguna del Lipa fue destruida y contaminada. Ya no existe ese maravilloso paisaje natural de agua profunda que alimentó a las muchas familias araucanas que disfrutaron del abundante pescado que allí se criaba y que salía a los ríos Lipa, Caranal y Ele. La diversidad de especies avícolas disminuye, el caimán negro ha sido desplazado para los ríos río Cravo y Casanare, en busca de las aguas profundas. Esta destrucción es atribuida a la explotación petrolera de OXY y ECOPETROL, que hoy con el nombre de SierraCol Energy, continúan con la masacre ambiental.

En la medida en que persistan estas políticas de destrucción y muerte, nuestros hijos e hijas no podrán disfrutar de los bellos atardeceres adornados por el canto del turpial llanero, el jugar de los venados, del silbido agudo del chigüiro que anuncia a la manada la presencia de un

caimán deslizándose por la playa, el pato guirirí que adorna los cielos junto a la corocora roja y su vuelo de libertad, el alcaraván que alza su vuelo cual guardián de los llanos que ha descubierto al visitante o al intruso.

Arauca, este pedacito de patria es todo esto y mucho más; visitar este bello departamento de la Colombia olvidada es conocer la hospitalidad de su gente. “Es una ley del llanero darle la mano al que llega”, tal como lo vivieron Tomás y Gladis en 1981 cuando llegaron y encontraron un segundo hogar.

¡Tomás, mi viejo querido!

El Chocó te vio nacer, el río Magdalena te guió, el Llano te abrió las puertas y cinco hijos criaste. Como padre ejemplar valores enseñaste. Pasó lo inesperado; te obligaron a morir, la cobardía del verdugo contigo se ensañó, destrozando una familia y desencadenándole persecución. A dos de tus queridos hijos los asesinaron, sin duda están contigo en el cielo. A menudo el turpial llanero alza su vuelo y se aproxima al hogar, mira fijamente mientras entona su hermoso cantar, seguro quiere saber de ustedes, no los volvió a mirar, sus colores resplandecen con sus aleteos al volar. La esperanza es lo primero, la tristeza aún existe, mas mi deber es continuar luchando por los sueños. Nos faltan tres integrantes de la familia, pero son el motor para lograrlo. La construcción de paz está en el primer plano de cada acción individual o colectiva de la familia. Pedimos que el pasado no sea un obstáculo y que la paz interior nos permita ayudar a construir la paz colectiva, con empatía, verdad, equidad y solidaridad, caminamos hacia la reconciliación nacional.

Reconocimiento a los campesinos y comunidades étnicas

El proceso de paz firmado en el 2016 entre el Estado colombiano y las extintas FARC-EP, que sigue vigente gracias a la comunidad internacional y a los compatriotas que se pusieron la camiseta para defenderlo, promete para el país grandes transformaciones sociales. Arauca pide la paz con justicia social, sus habitantes sueñan con que reine el respeto por la vida y los mínimos humanitarios, que en el departamento mejore la productividad con mayor inversión social, que se restablezca el equilibrio ambiental, que la corrupción no siga siendo el cáncer que hizo metástasis en las

administraciones públicas, generando cada día mayor inequidad social en los habitantes del piedemonte y la sabana. La explotación petrolera solo ha dejado mucho que lamentar; muertes, mutilados, desplazados, judicializados y por ende huérfanos, viudos y viudas; mientras tanto, las vías de acceso al departamento están en muy mal estado y los campesinos transitan por caminos de herradura para sacar sus productos.

El proceso de paz trajo algunos cambios que se verán reflejados a mediano y largo plazo, y que están supeditados a la voluntad política. Como constructores de paz, el llamado es a continuar trabajando por la Arauca que queremos; si nuestro departamento cambia, sin duda contribuirá al gran cambio nacional.

Que los negros de las veredas Holanda, Los Chorros, Panamá de Arauca y todos los que habitan el departamento, en su mayoría desplazados por la violencia de otras regiones y que ya han echado raíces en el llano, puedan cultivar la tierra, restablecer la cultura de los ancestros, tradiciones y costumbres de comunidades negras que a lo largo y ancho del país han sufrido la discriminación, la vulneración de sus derechos políticos, económicos y sociales. Descendiente de este pueblo que luchó por su libertad fue el inolvidable Tomás Isidro Asprilla, protagonista de esta historia, nacido en Quibdó, la capital del olvidado Chocó, una de las regiones más ricas del continente americano. Allí conviven comunidades negras, indígenas y mestizas a lo largo de los ríos y en las costas; a través del tiempo han producido diversas manifestaciones culturales y forjado una estrecha relación con el medio natural, que se manifiesta en un complejo sistema de creencias ancestrales, valores y prácticas de propiedad colectiva, de gobierno y de autoridad en el territorio, así como de formas y mecanismos de tenencia, uso y conservación de los recursos.

El acuerdo de paz de La Habana reconoce que los pueblos étnicos han contribuido a la construcción de una paz sostenible y duradera, al progreso, al desarrollo económico y social del país, y que han sufrido condiciones históricas de injusticia como consecuencia del colonialismo, la esclavización, la exclusión y el haber sido desposeídos de sus tierras, territorios y recursos; que además han sido afectados gravemente por el conflicto armado interno. Se deben propiciar las máximas garantías para el ejercicio pleno de sus derechos humanos y colectivos en el marco de sus propias aspiraciones, intereses y cosmovisiones.

Por una paz estable y duradera con justicia social, sin más ejecuciones extrajudiciales, por el respeto a la vida, al medio ambiente, a la diversidad



cultural, a la diferencia de pensamiento; que el diálogo sea el punto de partida y así edifiquemos juntos y juntas la montaña de la reconciliación. Unidos lo lograremos, ¡Colombia lo necesita!